

encurvado que caracolea; ahora altura que remonta; ahora llano en que toma respiro. Bajo nosotros, el caos. En frente, por todos los contornos, un motín de verdores. (La fantasía peregrina en vano a caza de tropos emocionales).

Obregón: Vamos llegando a Orizaba.

¡Cuán mezquina, no obstante ser tan grande, lucía la obra del progreso, la humana obra! Torres de cien metros, pareciendo juguetes, en el hueco del frondoso valle; casas como para muñecas, en hileritas simétricas; trabajadores—cien, quinientos—hacia el laboratorio de cervezas, brindándonos la clara sensación de hormigas humildes, traginadoras y pacientes” . . .

Poco tiempo nos detuvimos; el preciso para escuchar el toque de la marcha de honor, órdenes y contra-órdenes de clarín en homenaje al Primer Jefe. De retorno sería el revista-miento.

Varios pueblecitos vinieron luego, cruzado Río Blanco, emporio de riqueza textil; de ellos, Nogales y Santa Rosa.

Ya el “sol tozudo soleaba” el ambiente. En un vasto cercado—relba—centenares de caballos briosos, y bueyes taciturnos, comían pastos, jugosísimos en la apariencia. De trecho en trecho, destacaban también caravanas de indios, feos, descompuestos, las ropas rotas, el rostro denotando supina inconsciencia, como si la vida les fuera “asunto” imprevisto. Todos iban cargados, bien a la espalda, bien a la cabeza.

Sin peso—se me indica—no sabrían andar; pobres prójimos sometidos, por injusta fatalidad, a la condición de bestezuelas.

Si en algunos paraderos hacíamos alto, acercábanse grupos de estos indígenas, mexicas por su mayoría, presentándonos a la venta objetos miserables: cacerolas groseras, mantas toscas, sombreros tejidos a mano con empleita burdísima, guarachas, y, además, revolturas alimenticias: huevos con hierbas, carne con salsa ranchera, tortillas calientes; tal cual desdichado rapacín proponía flores: violetas, camelias, rosas del Japón, pequeñas y olorosas. Para hablarnos usaban un castellano invertebrado, anquilótico; para hablarse acudían a sus dialectos desiguales, múltiples, enrevesadísimos. Alguien me fué explicando castas, orígenes, nombres primitivos, teogonías, desarrollo, tendencias peculiares; mas, imposible poder aprovechar aquello para merced al lector.

Maltrata.

En esta estación aguardamos a la comitiva—pondré presidencial.— Maximiliano Kloss, un garrido mozo, militar, correcto, intachable en su rigidez disciplinaria, se acerca y saluda prusianamente.

Al inquirir, se me cuenta cómo es él alemán.

—Y espartano, añade Garza, entendido Mayor.—Una vez, continúa para confirmar su dicho, cuando atacaron en Mazatlán al barco de guerra “Morelos”, entró en la furiosa pelea de tierra a mar; por la tarde al rendir parte ade-

lantose al divisionario, y, firmemente cuadrado, aunque medio oculto el perfil, comunicó: Sin novedad. Notáronle la voz rara, hueca, y que, emitiéndola, hizo esfuerzo inaudito de labios. Examinósele al punto; descubriendo que tenía una bala dentro del cuello. Hazaña admirable premiada con afecto y ascenso por mi General Obregón—concluyó.

A don Venustiano aclamáronle en Maltrata, mientras los intervalos silenciosos de tambores y cornetas. Unos viejecitos pidieron besarle la diestra; parecían ellos figuras de Zubiarræ, por lo enjutos, por lo mendicantes, por lo resignados.

Atl me agarra de un brazo, y habla:

—Mire usted. Aquella vendedora de color aceitunado; cabellera espesa y larga, facciones adustas, gestos varoniles, jarra al costado, es tipo que hallará en las descripciones de Pierre Loti; mujer del Cairo, exacta—con los propios trajes y hábitos y todavía la misma lengua, pero muy corrompida por la barbarie y el desuso secular.

Efectivamente, no en Loti, en cualquier narrador del Egipto, de las civilizaciones faraónicas, la hembra aquella se descubre, salta, impónese; tal matriz aborígen.

En los instantes de arrancada, observé suceso extrañísimo: veinte, cuarenta perros, grandes, pequeños, chatos, afilados, lanudos, limpios de pelambre, con rabo y sin rabo—¡oh, Alcibíades caprichoso, tu gesto impera!—corrían, co-

rrían, y corrían, persiguiendo desesperadamente el tren.

—Gaviotas terrestres, insinuó García Jurado, sonriendo al amparo de sus rostanianos mostachos.

Media hora casi les duró la carrera. Y al quedarse, ¡miraban tan desolada, tan famélicamente!...

¡Las Cumbres!... (Me cuentan que un humorista arribeño, refiriéndose al modo oratorio del eximio don Justo Sierra, comparele con los ferrocarriles suizos, tumultuosos, inquietantes, sorprendentes en fuerza de intrépidos, y por la inesperada grandeza que ofrecen al turista. No me explico, sino por "snob", esa cita de corte exótico, al conocer los rumbos del "Mexicano" en tales confusiones de barrancos, desfiladeros, montes, cañadas, más y más anfractuosidades cósmicas, altitudes y precipicios).

Por Alta Luz, divisase aún el pueblecito allá abajo, dividido en cuarteles geométricos, así tirados a cordel; puede compararse la cuadrada extensión a tablero de ajedrez, o carta geográfica, acercándose a lo primero sobre lo segundo, atendida su regularidad en las construcciones, su método: justo alineamiento de viviendas y calles.

Cúbrese el cielo de cúmulos y cirrus, azafranándose la perspectiva lontana; delínease la vasta meseta central; viene Boca del Monte, poblado de encinos añosos, de pinos retadores; otro volcán se yergue hacia lo azul, el "Ziltaltepetl":

monte que brilla como una estrella; entramos en Esperanza.

Una legión de sonorenses se agita, clama, denota enardecimiento al compás viril de los pasodobles. Baja el señor Carranza al andén, y atruena los aires el Himno Nacional, medio rebeldías de raza que despierta y lucha, reclamando, a filo de machete, la libertad; medio languideces y lamentos de pueblo ya libre, pero no conforme, inquieto de porvenir, con el dolor íntimo de su fatal sino, tormentoso.

Gira a los campamentos; indicaciones de campaña; formación de despierta caballada; una bandera negra que se despliega abismadoramente en el espacio.

—¿Eso?...

—Las bravas avanzadas de la muerte.

Ya todo presenta sello de ejército en brega: las tiendas de lona, empenachadas con sus barras verticales; fusiles en pabellón; olores mefíticos; abigarramiento; barajas; canciones; redobles rabiosos; gritos de corneta; viejos y muchachos, haraganes y valientes, ensombrecidos por cuatro, por seis, por diez peinajes de balas, mausers al brazo, machete a la pierna.

Dos Venustiano (derecho en su apostura, tono rotundo): Hay que estar prevenidos, el bien de la patria lo reclama. Adiós soldados.

—¡Presenten, armas!, impuso un capitán, con energía y lealtad.

Los caños de las escopetas lanzan llamaradas

siniestras. Vamos adelante, llevando en cada oreja un clarín, loco con esta cantinela de guerra: tararí, tararari, tarararí.

San Andrés, Rinconada, San Marcos, entre dos lagunatos, cabrilleantes a los rayos solares; llanos extensos, pardos, monótonos; yermo angustioso por el cual arrastran su vida quieta, pálida, muerta, menguados seres sin amor, ni otro alguno idealismo!...

Sentí como cansancio interior, el cansancio de la vastedad desnuda, y tendime en blando ses-teo...

DESFILE DE GENERALES

Poco rato gusté de aquella "dolce far niente", cosquilleadora laxitud de cuerpo y de espíritu. Una clamorosa explosión de recibimiento: vítores, músicas, fuerzas en patrulla, jubileo en el tren, sin aún afirmar su escala, sorprendiéndome, hízome tornar a la fajina de observaciones y apuntes. Los minutos eran, por mucho, interesantes, trascendentales, solemnes: señalaban el primer encuentro, la entrevista oficial con el primer Jefe, de los subalternos revolucionarios, evacuadores de Puebla.

Irrupción de conspicuos generales. Don Venustiano tendíales sus brazos, menos efusivos que robustos. Iba presentándoles:

—Coss.

...Y estreché la mano dura, voluntariosa, atenaceante, de un hombre superior—en corpulencia; ojos menudos e imprecisos; nariz re-

donda; boca ancha, carnal y blaucuzca, bajo bigotes miserables; gesto y ademán violentos.

—Alvarado.

... Y conocí a persona mediana en estatura: aspecto irrecordable; vista mansa, tras espejuelitos corrientes; decir sin altibajos, sin relieves. Pudiera creerse uno de esos mortales serenos, calmudos, prudentísimos, capaces de hacer algo vulgar según asevera Stendhal.

—Castro y Maycotte.

... Y saludé a individuos de inconfundible figura montuna, agricultores o estancieros, o bien dueños de ganado, o bien traficantes en algodón u otras especies; aquél, pequeño, cincuentón, confuso; éste, espigado, muy joven, por fuerza de nervioso, agresivo.

Cada cual tiene su famosa ejecutoria; todos son bravos y leales.

Quieren explicar la retirada última, batidos por Zapata, y señalan ora motivos estratégicos, ora causas de orden material: escasez de parque; y, a una, protestan, juran recuperar la plaza, someter a trágico escarmiento a los sitiadores victoriosos. (Porque los cuatro tienen un alma sublime, en la furia de los combates). Mientras hablaban, los cañones de sus pistolas tremendas, estremecíanseles voluptuosos.

Coss: (agarrándose los cuatro pelos de sobre el labio). Pues sí, les perjudicaremos, y pronto.

Castro intervino, tan bruscamente, que Obregón hubo de desarmarlo con zumbona frase.

—Compañero, se nos van a escapar las energías...

Un licenciado aprovecha la oportunidad y da rienda a su inquina antimilitarista, runruneándose al oído:

—... por la boca.

Luego, siempre en tono confidencial:

—No lo dude usted: los tiros lejos de amenazar las proporciones de nuestra guerra, las acrecientan. Leyes, leyes, y leyes, es cuanto necesitamos; leyes agrarias, obreras, de descentralización municipal, etc. Una ley que imponga el desarme, y entrega, a los civiles, del mando exclusivo de la República.

Yo que había leído ya un poco de historia mexicana, pensé en la similitud entre tal problema, antagonismo de clases, en esta revolución, y el de Juárez cuando se peleó contra el intruso austriaco, albor de don Porfirio, soldado de las tenaces ambiciones, frente al propio gran Reformador.

Comprendiendo llegado el instante de formalizar planes, de ceñir la campaña con armonía segura, me aparté del grupo. Los señores Rojas y Macías también. Entonces vino mi bautizo de tequila, un licor blanco que debe beberse rápido, para no tomarle el gusto, y con sal evitando repugnancia—especie de medicina para sanos.

Se recibieron, por unos espías, diarios capitalinos, y, con viva avidez, recorrimoslos columna a columna: "El Monitor" y "La Opinión".

Mr. De Courcy, aprovechóse del "Mexican Herald".

Las noticias oscilaban de bufas a espeluznantes: Carranza huía de manera cobarde al extranjero. Coss, tras salvaje disputa con Castro, hábale asesinado. En Veracruz robábase, incendiábase, violábase. Sevicia y corrupción eran las armas constitucionalistas. ¡Ah, prensa amarilla, cómo te desdoras!

Pasadas las seis, cenamos. (Trece comensales había, Carranza el de mayor edad, yo el Benjamín—alguien experimentó por esto cierto atosigamiento supersticioso).

En la noche, ya, acaeciome sorpresa de peligro. Marchaba de tren a tren, por la obscuridad, cuando centinela "yaki" me sorprende, y brama:

—"Jacum-vicha-ca".

Sobrecogido, no supe responderle ni sílaba.

Si no acude presto quien me conocía, perezco. Aquel indio feroz, en su lealtad; torpe, en lo comprensivo, llegó a figurarse era yo enemigo, que le iba a volar las máquinas.

Con el sol, a la otra mañana, continuamos el interrumpido viaje a lo largo de la estepa, color de sayal franciscano; uno de esos desiertos donde la fantasía "muriera de sed" al faltarle "las suaves y azules montañas". Afortunadamente, allá erguíase "La Malinche" recortando en la diafanidad celeste líneas de cabeza aborígen, con su vistoso "chimol". Otra nota, muy de vez en vez, avivaba los sentidos; nota que

lastima y subleva por entrañar densas tiranías: la del latifundismo y la del fanatismo. En kilómetros y kilómetros de terreno gris, erizado con las pulposas púas del maguey, no se descubre una sola morada; luego, súbito, asoma la mole de un como castillo medioeval, almenas y torrecillas; y, a su férula, casuchas de adobe, mísero abrigo de dolor y miseria para el expoliado magueyero, sin familia, sin ilusiones, sin fe...

—¿Sin fe?

Sí, sin fe; aunque parezca pregonar lo contrario el laberinto románico de cúpulas, ábsides, y agujas góticas, inevitables de pueblo a pueblo. Mal máximo, pesadumbre bárbara, que abate y esteriliza el esfuerzo de civilizadoras prácticas, pretendidas desde Madero. Lo que en época del sin par fraile Las Casas era refugio amoroso de bien, enseñanza misericordiosa, defensa seráfica, muralla pía, para la codicia sin freno, y la crueldad insana del encomendero, hoy se ha convertido en centro de corrupciones, antro de farişeismo, lonja de utilitarios manejos, eje de la ruindad, fábrica de mendaces dogmas!... Corre por los libros versión dulcísima donde preséntase a Fray Bartolomé perdonando, con esta frase supra-indulgente, a la patrulla de indios que pretendió matarle en Guadalajara: por esclavizaros tanto esos malditos no os dejan fuerzas ni para agradecer. Si a través de los años, el buen carmelita volviera a la vida, para sonreirnos paternalmente, habría que escucharle,

flagelador y magnífico, dirigiéndose ya a los mixtificadores sin conciencia, ya a "sus" inditos, con fuerza ahora para encenderse en relámpagos de libertad, y tronar con rayos de justicia! . . .

Nopalucán, Huamantla, Acocotla, lugares de reducido núcleo urbano, encierran sobre cincuenta templos; ello aparte de las ermitas en cada hacienda, pues, lógicamente, capital y religión, amos y clérigos, júntese, compenétranse, fúndense, en un solo, formidable tirano, cuyo derrocamiento cuesta cascadas de sangre, en sacrificios de miles y miles vidas. . .

Nuevos volcanes se aproximaban fulgurantes: el Iztaxihual, mujer blanca; el Popocatepelt, montaña que humea. Unos jadeos más del tren, y paró en firme. Apizaco. De allí, el regreso.

—¿Quién es aquel militar, águila al hombro, colt en la cintura, hablador, gallardo, de ademanes comedidos, la diestra luxada en su dedo meñique?

Gerzaín Ugarte: El general Gabira. Por estos contornos pregúnteme usted todo. He sido diputado del distrito.

Una voz, muy familiar, confianzudamente: ¡Que hable Gerzaín!

Gerzaín mira a don Venustiano, don Venustiano mira a Gerzaín. Ambos se temen, y como interróganse:

—¿Le gustará que pronuncie una arenga; le mortificará algo de ella?

—¿Serás discreto?

Gabira aproximándose resuelve el caso. Va

a ofrecerle tema al orador: Devolución de los egidos, aquellas tierras que los Reyes mandaron dar a la indiada, y las cuales les usurparon los mandones del porfirismo. El—Gabira—devolvióle ya a Romualdo Sánchez, examinados sus títulos de propiedad, fundamento positivo de derecho, unos buenos pedazos en San Cosme de Xalostoc; medida de benéfico afecto para la causa.

Don Venustiano: Andele, pues.

Ugarte adelanta hacia la plataforma; contoneáse de extremo a extremo; inclina la frente, como concentrando el pensamiento; alza las manos con el aire ancho y dominador de los adoctrinadores; rompe en campanuda elocuencia. La multitud apiñada, anhelosa, palpitante, interrumpe de período a período, con sus estrepitosos clamoreos.

Honda y sinceramente he de escribirlo: Ugarte pronuncia con frescura, con viveza, con entusiasmo; su voz resulta noble y coruscante; los modales los acopla a la idea como si la halagara; creo, en cuanto al fondo, desplegó a los cuatro vientos públicos la bandera de su corazón—permitiéndome aprovechar tan bonita imagen de Martínez Sierra.

— . . . Y pues eres consciente, pueblo armado, no sueltes el fusil, mientras tengas vida, o logres tus sacrosantas reivindicaciones.

Con estas frases concluyó la arenga.

Estallaron los clarines; juntáronse mil manos en aplausos crepitadores; no quedó pecho sin

hincharse al grito potente de ¡¡Viva Carranza!!

El bullía allí, con la tropa, en la zona asediada, sin abandonarlos miserablemente, como leían en los papeles de México; pletórico de confianza; repartiendo parabienes y estímulos, con y para los suyos.

Recorrimos la extensión municipal apizaqueña: fango; trapalerías; boticas; fábricas de cajas mortuorias; bastones; bastones. Es ésta, industria típica. Véndense de dibujos inimaginables, labor paciente, y, eso sí, cursilísima: águilas, y culebras, y lagartos, y escudos, y pabelloncitos, repintados con anilinas azul, violeta, verde, escarlata. No obstante, compramos; veinte varas y varitas por una miseria de centavos, y ellos de cartón, a seis contra el nuestro.

Al despedirnos, exigieron más discursos. Obedeció Atl; quedando abierta la era de la elocuencia...

En Huamantla, encaramado en un vagón de carga, Palaviccini se enronqueció con veinte párrafos vibrantes, enérgicos, ardorosos, dignos hermanos de aquéllos cuando pedía ¡cabezas! ¡cabezas! ¡cabezas! en el período felicista, asonada de Veracruz.

Don Venustiano arengó igualmente al ejército, en línea de combate:

—El contrario procura debilitarnos con la calumnia, y os asegura que les abandono a merced de los peligros. No. Yo estaré entre ustedes; caeré por ustedes; iré donde ustedes, tras la victoria...

Las aclamaciones duraron hasta mucho después de la marcha.

San Marcos. Crepúsculo vespertino. La silueta de García Jurado recórtase en la atmósfera cristalina. Hace frío que cala los nervios, y pone temblores en la boca. Así desarrolló su tema lírico, el sutil trovador, Tirteo del momento, infundiendo, con el ritmo cautivante de su verso, más recio heroísmo a los actuales espartanos, dispuestos a la gloria de Mesenia!...

En la indecisión de la noche, desenvolvióse aún el paisaje subyugadoramente. Por Esperanza nos acogimos de la cruda tiniebla. A dormir...

... Y, con el triunfo del sol, compendio del paganismo, alegría de los poetas, entramos, Maltrata abajo, cegados por la maravilla.

En las estaciones finales realizábanse las revistas a hombres y a armamentos: seis, ocho, diez mil, acaso mayor número en conjunto, armados y pertrechados; ametralladoras, como cincuenta, "Colt," "Maxhinen," "Hotcheick".

Una legua después de Purga, donde a la ida se frustró el infernal desastre, prodújose otra alarma. Cerráronse frenos. Dispusiéronse las escoltas a la defensa, apuntando los rifles contra la espesura rugidora, en que estarían emboscados los combatientes del régimen. Por fortuna, nada acontecía. O sí: el cruce del Interoceánico, rumbo a Jalapa.

Otro jalón de tres horas, y regresábamos a la capital, "per accidens".

Entonces, reconstruyendo la excursión; concentrando triunfos y peripecias; al desearle al señor Carranza cabal descanso; contemplándole; escudriñándole; observando su paso, el paso de la inflexibilidad, de la hombría de bien, del carácter—por observaciones de Amicis—en lo más profundo, intenso, de mí mismo, algo inconsútil se levantó recorriéndome la sangre, para plasmar en juicio; juicio que hoy, ecuánime, reflexivo, convencido, integérrimo, repito:

El constitucionalismo es fuerza incontrastable. Día que pasa, victoria ganada. Su pujanza, su poderío, desborda el Estado de Veracruz; entra en México; se apodera de él, lo domina y castiga; emprendiendo lucha tesonera hacia el Norte, feudo donde es imperador Francisco Villa, por la gracia de su tenebrosa sugestión de genio—quizá abocado, en lo esotérico del destino, a rojo ocaso de derrotas...

... Por la América del "gringo" llaman al general invicto "Napoleón-bandido." Y Napoleón...

TRANCE DE AVENTURAS

CAMINO DE MEXICO

¡Horrores en delirio; demencia cárdena; macabra orgía de sangre; salvaje, supermonstruosa zambra de esqueletos, ante la sombra lívida del hermano Caín!... Todo eso, y más, cabría pensar conociendo los "hechos" del zapatismo, sus "hazañas" en la franja divisoria de convencionistas a constitucionalistas; topográficamente: llano de la meseta central, desde la hacienda Guadalupe al andén Ometusco; cincuenta y seis kilómetros de tierra, por los que la muerte bate sus rojas alas, exterminadoras.

... Cierta mañana sorprendieron en marcha a dos mujeres y un niño. Apresaron al grupo, despojándoles de ropas y dineros; obligáronles así, a caminar en campo reverberante, horas y horas, hasta rendirles la fatiga; y entonces, a la vista del hijo, cometiose el ultraje de la madre; la otra dama, por el inmenso delito de ser vieja, fué maltrecha a puntapiés.